



madama Guyon, había encargado á una comision que se reunia en Issy bajo la direccion de Bossuet, que examinase las obras acriminadas (1694-1695); la cual publicó, como resultado de este exámen, treinta y cuatro artículos, caracterizando perfectamente la verdadera y la falsa mística. Madama de Guyon suscribió humildemente á estos artículos, declarando solemnemente que jamás había sido su intencion escribir nada contrario á la doctrina católica. Permitiósele retirarse á Saint-Cyr, donde terminó su carrera en la piedad más edificante (1717). Su vida no hubiera hecho ciertamente tanto ruido sin sus relaciones con el piadoso Fenelon, que convencido de la virtud de madama de Guyon, y sobre todo de la pureza de su amor á Dios, por la caridad á que la animaba él mismo, se declaró abiertamente su amigo. Bossuet opuso á los principios de madama de Guyon un tratado sobre *los estados de la oracion*, pidiendo al arzobispo de Cambrai que lo aprobase. Fenelon se negó á ello, porque el libro de Bossuet contenia un juicio demasiado severo de madama de Guyon. Desde entonces se suscitó una violenta y lamentable controversia entre estos dos grandes hombres, en la cual brilló todavía más la grandeza de Fenelon por la humildad que manifestó. Quiso explicar á su vez los principios de la verdadera mística, sin presentar las doctrinas de madama de Guyon bajo un aspecto tan desfavorable como Bossuet, y compuso su *Explicacion de las máximas de los Santos sobre la vida interior* (1697), en la cual expuso la doctrina del amor puro y desinteresado de una manera más seductora que segura. Bossuet temió que las consecuencias de esta obra fuesen tanto más graves cuanto mayores eran la virtud, consideracion é influencia de Fenelon, en especial por haber encontrado en esta obra, segun la expresion del mismo Bossuet, un talento que mete miedo. Entabló éste, por consiguiente, una polémica en la cual por combatir al pseudo-misticismo atacó tambien acaso la verdadera mística. Fenelon, previo el consentimiento del rey, sometió la decision á la Santa Sede. Inocencio XII nombró una comision de doce teólogos, que al cabo de largo tiempo, y despues de muchas dificulta-

des é incertidumbres, condenaron en general el libro de las Máximas de los Santos, y en particular veintitres proposiciones como escandalosas, peligrosas, erróneas é injuriosas. El papa trató de dulcificar este resultado tan triste para un prelado estimado y querido de toda la Iglesia, declarando que «Fenelon no había pecado sino por exceso de amor á Dios.» Fenelon, que recibió la decision de la Santa Sede en el momento en que iba á subir al púlpito, la leyó inmediatamente al pueblo, y suplicó llorando á sus amigos, que no defendiesen más su libro, y á los fieles que no lo leyesen. Anunció asimismo su sumision á todas las diócesis de Francia por medio de una carta pastoral, aconsejándoles que siguiesen su ejemplo. Esta magnanimidad ahorró á la Iglesia el dolor de un nuevo cisma.

Lo que hay de más brillante en la historia de la Iglesia galicana de esta época, es su literatura teológica. Entonces se vieron los saludables frutos que habían preparado y producido la restauracion de la vida monástica, el espíritu moral y religioso resucitados por los grandes hombres del siglo anterior, tales como San Francisco de Sales y San Vicente de Paul, y la excelente educacion que recibia el clero en los institutos de la congregacion de San Mauro, del Oratorio y en la Sorbona. Excitóse, además, el espíritu de investigacion científica por medio de las numerosas discusiones que se suscitaban entonces sobre el derecho eclesiástico y por la lucha con el protestantismo. El reinado de Luis XIV, tan feliz y tan brillante en el principio, dió á la nacion un impulso vigoroso y una confianza que duplicó sus fuerzas. Entonces nació el más bello siglo de la literatura francesa, en el que la teología sostuvo dignamente su rango. Sin embargo, la filosofía del gran Descartes, lejos de ser acogida y utilizada como merecia, para fundar la teología verdaderamente especulativa, pareció al principio sospechosa bajo el punto de vista de la fe Bossuet, no obstante, comprendió su importancia. Los trabajos del ilustre Malebranche, del Oratorio (m. 1705), así como las investigaciones teológicas de Bossuet, Huet y otros, tuvieron poca influencia en el método teológico.



La apología del cristianismo del obispo de Avanches, Huet (m. 1721), apoyada en pruebas puramente históricas, los milagros y las profecias y dirigidas sobre todo contra la asercion de los judíos, de que las profecias no prueban nada en favor del cristianismo, es muy inferior, á pesar de su inmensa erudicion, á los pensamientos originales y profundos de Pascal (m. 1672), que despues de haberse manifestado desde su juventud un poderoso genio matemático, se dedicó enteramente más adelante, y despues de una grave enfermedad, al estudio del cristianismo. La apología de Houteville (m. 1742) está igualmente formada bajo el punto de vista histórico. Juan Claudio Sommier (m. 1737) merece una mencion especial por su historia dogmática de la religion, muy avanzada para su época bajo el aspecto psicológico. La dogmática, propiamente dicha, encontró numerosos y hábiles defensores en Juan du Amel, del Oratorio, Natal Alejandro, Carlos Witasse, doctor de la Sorbona, Tournely (murió 1729), Billuart Collet (m. 1770) y otros. Todos estos autores poseian sólidos conocimientos, á los que muchos de ellos añadian penetracion, claridad y extensión en los conceptos. A pesar de sus esfuerzos para evitar inútiles distinciones escolásticas, no escaparon de ellas, como tampoco del mismo método escolástico. La historia de la dogmática, tan felizmente emprendida por Petau, fué continuada por Tomasino. La moral permanecia siempre unida á la dogmática y mezclada de explicaciones que pertenecian más bien al derecho canónico, faltándole al mismo tiempo profundidad y vida. No se la trataba generalmente sino como un casuismo, rebajándola además con la doctrina del probabilismo. Sin embargo, Malebranche en su *Tratado de moral*; P. Nicole en sus *Ensayos de moral*, y el oratoriano Bern. Lamy, en su *Demostracion*, buscaron métodos nuevos y más agradables. Pero fueron sobre todo el arzobispo de Cambrai, Salignac de la Motte Fenelon, muerto en 1715, y el grande obispo de Meaux, Bossuet, muerto en 1704, uno y otro gloria de su siglo, los que propagaron las verdaderas ideas del cristianismo. Fenelon, alma elevada, inteligencia brillante, imaginacion amable y fecunda, carác-

ter recto y franco, cuyas obras hablan al corazón tanto como al entendimiento, alimentan la piedad, encantan el oído, y vivirán eternamente por el brillo de las ideas, la pureza de los sentimientos y las maravillas del estilo; Bossuet, genio más sublime, inteligencia más viva todavía, pronto á emprender todas las cuestiones, y más pronto aún á resolverlas, y cuya palabra, siempre elocuente, siempre admirable en su sábia riqueza ó su majestuosa sencillez, respira la religiosa melancolía de que se halla poseído el hombre de Dios.

Á pesar de las obras maestras de estos prodigiosos ingenios, la historia eclesiástica fué en aquella época el ramo de los conocimientos teológicos más profundos en resultados. Fué un admirable espectáculo ver los gigantescos trabajos realizados entonces con tanta paciencia como arte por las congregaciones de San Mauro, del Oratorio y la Compañía de Jesus para la patristica, la arqueología cristiana y la historia eclesiástica. Entre los jesuitas, los más beneméritos fueron Fronton le Duc, Sirmon y Juan Garnier. Los nombres de los benedictinos Montfaucon, Massuet, Ruinart, Julian Garnier, de la Rue, Toutté, Martianay, y Prud. Maranus; de los dominicos Combefis y le Quien, y de los teólogos Cotelier, Launoi, Balucio y Valesio serán inmortales en los anales de la literatura teológica. Du Pin consagró su vida á redactar la biografía universal de los autores eclesiásticos; Cellier, como Du Pin, publicó la historia de estos escritores y el catálogo y cronología de sus obras; Ricardo Simon echó los fundamentos de la verdadera crítica de las santas escrituras. Ricardo Simon nació en Dieppe (1638), fué educado en el Oratorio, del que se hizo miembro, manifestó desde el principio un gusto pronunciado por la filología y los estudios arqueológicos, desarrolló por una aplicacion infatigable su talento natural, adornándole con una inmensa erudicion, y llegó á ser el primer crítico de los tiempos modernos. Desgraciadamente las aserciones atrevidas y las frecuentes exageraciones de sus escritos suministraron á Bossuet y á Du Pin armas para atacarle y combatirle. Houbigant siguió la misma carrera, haciendo excelentes trabajos sobre el



texto del antiguo testamento, en los que todavía se advierte demasiado la peligrosa influencia de Ricardo Simon. Santiago Lelong (m. 1721) compuso una biblioteca sagrada, que contenía una noticia de todas las adiciones y traducciones de la Escritura (*Bibliotheca sacra*). Dom Martianay (m. 1717) hizo hacer progresos á la hermenéutica, así como también el P. Bern. Lamy, del Oratorio, por sus trabajos preparatorios al estudio de la Biblia.

El maestro de Sacy, que participó de los errores de los jansenistas, puso frecuentemente notas profundas á su traducción de toda la Biblia, y Dom Calmet, benedictino, explicó simplemente su sentido literal en sus comentarios á la sagrada Escritura, preciosos por las investigaciones arqueológicas con que los ha enriquecido. Los sabios franceses de este siglo, tan rico en escritores de todo género, dejaron también perfectos modelos, no sólo entre los historiadores eclesiásticos, como Tillemont, Fleury, Natal, Alejandro, Bossuet, Harouin, Labbé y Cossart, sino también entre los predicadores notables por su movimiento oratorio, la riqueza de sus pensamientos y la perfección de su estilo y composición. Tales fueron, al lado de Bossuet y de Fenelon, Flechier, obispo de Nîmes (m. 1710), cuya palabra noble, elegante y florida supo doblar todas las grandezas bajo el yugo de la cruz; Bourdaloue, de la Compañía de Jesús, ménos brillante, pero más vigoroso; de ménos facundia, pero más profundo, y, sin disputa, uno de los más incomparables oradores sagrados (m. 1704); Massillon, obispo de Clermont (m. 1742), á quien nadie aventajó en el conocimiento del corazón humano y en la descripción del hombre en lucha con las pasiones; el P. Bridaine (hacia 1750), el orador popular, el misionero patético y formidable por excelencia.

Después de un período lleno de esplendor, la Religión se debilitó en Francia, decayendo con una espantosa rapidez.

La regencia del duque de Orleans y la depravación de una corte enteramente sensual, fueron las causas principales de ello. La Religión, caída en un profundo descrédito en la corte, relegada á las estériles ceremonias del

culto, no fué ya más que un asunto de pura formalidad, de que se burlaban los mismos á quienes todavía se veía tomar parte en ella: el deplorable resultado de la controversia jansenista contribuyó por su parte á hacer decaer el sentimiento religioso y á poner en ridículo la piedad. El verdadero probabilismo, defendido por algunos jesuitas y atacado con satírico vigor por algunos hábiles jansenistas, conmovió fuertemente las bases de la moralidad. Desgraciadamente también, el escepticismo histórico, triste precursor del escepticismo general que invadía la sociedad, fué llevado hasta el absurdo por algunos jesuitas, tales como Hardouin, mientras su discípulo Berruyer trataba la historia del Antiguo Testamento como una pura novela, y escandalizaba á la Iglesia con la ligereza y tono profano de sus relaciones. La obra de Berruyer, aunque enérgicamente combatida por otros jesuitas, tuvo un éxito prodigioso. Poco á poco se fueron perdiendo el sentimiento religioso y la profunda inteligencia del cristianismo: los escrupulosos estudios y serias investigaciones de la historia fueron reemplazados por una ciencia superficial y charlatana, que se llamó filosofía, y cuyas obras eran la expresión fiel del espíritu del siglo. La Inglaterra fué proclamada la tierra clásica del libre pensamiento: se abrazaron con entusiasmo las doctrinas de sus filósofos, y primeramente el empirismo de Locke (m. 1704), que se resuelve necesariamente en un puro materialismo.

Ya en una época anterior Herbet, conde de Cherbury (m. 1648), había declarado que puede establecerse á lo sumo la verosimilitud, pero que no es posible demostrar la certidumbre de la divinidad del cristianismo; que basta para salvarse creer en Dios, honrarle por la virtud, arrepentirse de sus faltas, enmendarse de ellas y estar convencido de la renumeración de las acciones buenas y malas que nos está reservada en la otra vida. El irlandés Toland suscitó dudas sobre la autenticidad de la Biblia (murió 1722), burlándose primero del clero, y tratando de demostrar después que el cristianismo no tiene misterios, y que no encierra nada que sea superior á la razón humana. El conde de



Shaftesbury, discípulo de Locke (m. 1713), no dejó escapar ocasión alguna de burlarse de la Sagrada Escritura, de las profecías y de los milagros. Antonio Collins, el *libre pensador*, fué todavía más peligroso. Tom. Woolston (murió 1733) declaró que toda la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento no es más que una alegoría sostenida. El jurisconsulto Tindal (murió 1733), enemigo del clero, atacó todavía con más fuerza al cristianismo, y negó la necesidad de la revelación, suponiendo que basta la razón natural. William Lyons (m. 1713) proclamó la infalibilidad de la razón, y atacó el estado eclesiástico como una invención puramente humana y una perpétua patraña, por lo mismo que no puede concebirse la revelación divina y que todo milagro es indemostrable. El célebre Dav. Hume (m. 1776) negó á su vez, en virtud de su escepticismo absoluto, la verdad del cristianismo, sosteniendo que el politeísmo es la forma de religión más antigua, que de ella salió después el monoteísmo, y que la religión más razonable es el deísmo puro.

Este odio al cristianismo pasó de Inglaterra á Francia, donde encontró un terreno preparado hacia mucho tiempo, y donde se enardecía tanto más, cuanto la libertad de la prensa no reinaba en Francia como en la otra parte del estrecho, y cuanto el clero, todavía omnipotente, trataban de reprimir allí á sus adversarios. Estos empezaron por escribir descripciones de viajes, en las que atacaban y escarnecían bajo formas más ó ménos transparentes al cristianismo y la Iglesia como instituciones pertenecientes á pueblos remotos. Tales fueron la historia de Severambes por Vairesse; el Viaje y aventuras de Jacobo María, por Simon Tysot de Palol; la descripción de la isla de Borneo, por Fontenelle; las Cartas persas de Montesquieu y la vida de Mahoma, compuesta por el conde Enrique de Bouillon-Viller (m. 1722) con el fin de probar la superioridad del mahometismo sobre el cristianismo. El escéptico Bayle hacía mucho tiempo que había derramado su veneno contra la Biblia en su Diccionario histórico-crítico, y sosteniendo que la sociedad puede subsistir y florecer perfectamente sin religión.

A estos ataques aislados secedió una verdadera liga, una conspiración permanente de los enemigos del cristianismo, que habían jurado la completa ruina de la Iglesia. A su cabeza se colocó un joven poeta lleno de talento, María Francisco Arouet, llamado después Voltaire, que dió á todos los conjurados por voz de orden: *Aniquilad al infame* (la religión cristiana ó el mismo Cristo!) Después de haberse familiarizado en Inglaterra con las obras de los libres pensadores, hizo juramento, dice su panegirista Condorcet, de consagrar su vida á la ruina del cristianismo y de toda religión positiva. Así es que su tema principal, el que repitió bajo mil formas en su larga carrera (murió 1778), fué que la religión cristiana no es más que una invención de los sacerdotes. Sus principales cómplices fueron d'Alembert, que hubiera querido sofocar la religión por medios ocultos; Diderot, que se declaró abiertamente en favor del ateísmo; Damilaville, de quien el mismo Voltaire decía, que no negaba, sino que aborrecía á Dios. Su principal obra contra el cristianismo fué la Enciclopedia, dirigida por d'Alembert y Diderot, la cual contribuyó más que nada á propagar las doctrinas antireligiosas: la mala fe de los redactores introdujo en ella textos alterados en que los nombres de Dios y de Providencia estaban cambiados en el de *naturaleza*.

Condillac, muerto en 1780, Helvecio y el infame Julian Offroy de la Mettrie, proclamaron el materialismo positivo. La naturaleza tomó en sus obras el lugar de Dios; el espíritu no fué á sus ojos sino una transformación de la materia, y toda religión fué considerada como una invención política de los sacerdotes, propia solamente para engañar á los bobos. No se tuvo vergüenza de enseñar que era una casualidad que el hombre no viviese como los animales. El mismo gran Buffon confundió muchas veces en su Historia natural á Dios con la naturaleza; el astrónomo Lalande no habló siquiera de Dios; todos, de acuerdo con Volney y Dupuis, negaron la existencia de los personajes bíblicos, no viendo en la historia evangélica sino un sueño astronómico. Pues sí Rousseau, muerto en 1778, habló al-



gunas veces con respeto del Cristianismo, fué más osado todavía que ellos en sus ataques contra el Evangelio y contra toda la parte histórica de la Biblia, que encierra, según él, demasiadas contradicciones para que pueda admitirla un hombre razonable. Tal es el espíritu que anima la famosa profesión de fe del vicario saboyano y de todo el *Emilio*. Pero todavía se mostró más hostil al Cristianismo en su *Contrato social*, que acusa á la religión cristiana de haber acabado con la unidad en el Estado, destruido el amor de la patria, favorecido á los tiranos y entibiado las virtudes guerreras. Por fin, se vió aparecer la secta política de los *economistas* ó de los *phisiocrates* que pedían la libertad ilimitada del comercio y de la industria, la igualdad absoluta en la repartición de los cargos del Estado pronunciándose, no sólo contra el Cristianismo, sino contra la doctrina moderada de Rousseau. La Iglesia de Francia se hallaba tan violentamente combatida, que anunciaba una próxima catástrofe; Labat, muerto en 1803, de la congregación de San Mauro, y Neuville, el célebre predicador, hacían oír tristes y elocuentes predicciones sobre los peligros que amenazaban á la vez al trono y al altar, á la religión y á la monarquía. La asamblea del clero (1765 y 1770) denunció al rey los escritos más peligrosos de los libres pensadores, y propuso algunos medios para reprimir los progresos de esta impía conjuración. Una Memoria que se publicó poco tiempo después, presentó todavía consideraciones más graves. Los sábios tomaron la pluma para defender el Cristianismo, así como otros lo atacaban, y trabajar así en la salvación común, tan horriblemente comprometida. Requerido el Parlamento por el abogado general Seguier, dió un decreto, por el cual, atendiendo á las reclamaciones del clero, condenaba siete obras escandalosas á ser quemadas. A esto se redujo, empero, cuanto hizo el Parlamento por la causa de la verdad á de la religión. Los enemigos del Cristianismo veían su influjo ir en aumento de día en día; iban atrayendo á su partido y ganaban para su causa á príncipes extranjeros, ministros y magistrados, y con el favor de ministros omnipotentes, como Choiseul y Males-

herbes, iban introduciendo su acción en las instituciones de la juventud. El último, director de la librería, y en consecuencia presidente de la censura, cuidó de hacer imprimir, en el interior mismo del reino, y dejar circular libremente los libros antireligiosos. Nada podía, pues, retardar ya el triunfo del mal. Y, sin embargo, precisamente de en medio del espíritu ligero y frívolo que desolaba á la Iglesia y la sociedad, se vió salir la orden religiosa más austera que nunca haya existido. Bouthillier de Rancé, prelado rico, ilustre é instruido, entró, después de una juventud brillante y disipada, y á consecuencia de profundos disgustos, en el monasterio de la orden de Cistercienses de la Trapa (1662), del cual estaba nombrado abad desde su infancia. Restableció en él la regla en todo su rigor primitivo, é impuso á los trapenses mortificaciones tan grandes, que hasta les rehusó el consuelo de hablarse entre sí y de cultivar las ciencias. A pesar de su excesiva austeridad, tuvo esta orden numerosos discípulos, especialmente de Inglaterra y Alemania.

Puede decirse que la Iglesia de Italia estaba durante este período tan pacífica y tranquila, como agitada se hallaba la galicana. Únicamente el Papa había tenido, como ya dejamos dicho, algunas desavenencias algo fuertes con algunos soberanos. No debe, sin embargo, considerarse esta paz como el resultado del desarrollo armónico de las fuerzas vitales de la Iglesia: era más bien la consecuencia de una gran debilidad por parte de la autoridad religiosa y política, y de una relajación general por parte del clero, á pesar de los parciales y muy frecuentes esfuerzos hechos por los obispos para avivar y conservar la vida religiosa entre los eclesiásticos. En el número de los misioneros á quienes encargaron especialmente esta obra de regeneración, se cuentan los redentoristas, fundados por Alfonso María de Ligorio. Nacido Alfonso en Nápoles de noble familia (1696), cursó con brillantez los estudios del derecho, y se distinguió luego en el foro; pero disgustado de los negocios, se entregó al estudio de la teología, y entró en un instituto de misioneros de la propaganda en Nápoles. Elevado al sacerdocio,



consagróse sobre todo á la predicación y á la dirección de las almas, en cuyo ministerio aprendió á conocer las necesidades espirituales del pueblo de los campos, durante una misión en las cercanías de Amalfi, en la que tomó una parte muy activa. Penetrado de dolor á la vista de la miseria espiritual de aquellas pobres gentes, se consoló con el pensamiento de fundar un nuevo instituto que se consagrara con fervor á la educación religiosa del pueblo. En efecto, con la autorización de Clemente XII, fundó la congregación del «Santísimo Redentor» (1732), compuesta de presbíteros seculares, unidos con el fin de imitar á Jesucristo, instruyendo, como él, al pueblo y á la juventud. Promulgóse la regla de este Instituto el día 21 de Junio de 1742; pero pronto necesitó el santo fundador de toda la fuerza de su carácter y de toda la paciencia de su alma para vencer las inesperadas dificultades que vinieron á turbar su sabio y generoso plan. La tranquila é incesante actividad de los ligoristas acreditó, sin embargo, dentro de poco, la sinceridad de nobleza de intenciones del fundador, que el mundo ha insistido en desconocer, no viendo en ellos más que una especie de jesuitas, envolviéndolos, por consiguiente, en el cúmulo de preocupaciones contrarias á esta antigua congregación.

Las misiones de los ligoristas se abrían de ordinario por un sermón en el que se anunciaba el objeto que en ellas se proponían, y se invitaba ó exhortaba á los habitantes de la ciudad ó del pueblo á asistir asiduamente á los ejercicios religiosos de los misioneros. Por la mañana del primer día se daba una corta instrucción, y por la tarde había sermón, cuyos asuntos habituales eran la caída del hombre, la miseria de éste por consecuencia del pecado, la justicia de los decretos de Dios, etc. En los días siguientes se trataba de la misericordia de Dios en Jesucristo, de los méritos del Salvador, de la naturaleza y utilidad de la oración, de los frutos de la penitencia, etc. El sermón de despedida exhortaba enérgica y cordialmente á los fieles á la perseverancia. Con frecuencia se veía, después de una de estas misiones, á personas distinguidas y funcionarios públi-

cos dedicarse á la enseñanza del pueblo y de los niños.

Á estos trabajos apostólicos, Alfonso de Ligorio, nombrado después obispo de Santa Agueda de los Godos, en el reino de Nápoles, juntó el celo, el desinterés y todas las virtudes de un pontífice consagrado enteramente á su rebaño. La memoria de sus obras y de su vida (m. el día 1.º de Agosto de 1787), piadosamente conservada en la Iglesia, fué solemnemente consagrada en 1839 por el papa Gregorio XVI, que lo canonizó.

La Italia, que durante este sueño aparente tuvo sus santos, tuvo también sus sabios, y sabios de una reputación europea. Denina, catedrático de Turin, publicó una introducción práctica al estudio de la teología.

Muchos papas cultivaron con buen éxito la poesía, y entre ellos Benedicto XIV fué el más ilustre como escritor. Muratori, especialmente protegido por este pontífice, empleó su inmensa y asombrosa erudición, no sólo para componer obras históricas, siempre y en todos tiempos preciosas, sino para llevar á los teólogos, arrastrados por la desabrida y violenta polémica del siglo anterior, hácia un método más moderado, más digno y más inteligente. El cardenal Bona, muerto en 1674, compuso una obra apreciable sobre liturgia. El cardenal Norris publicó unas investigaciones muy sólidas acerca de las controversias del pelagianismo. Mamachi, Selvaggio y Pelliccia se ocuparon en antigüedades eclesiásticas, y Orsi, Sacharelli, Berti y otros, en la historia de la Iglesia. El dominico Mansi redactó la colección más completa de los concilios. Bern. de Rossi consagró su infatigable celo á la crítica del Antiguo Testamento, y publicó una colección muy estimada de variantes de los textos. Los Ballerini pusieron ingeniosas disertaciones á las obras de Leon el Grande, opuestas á las de Quesnel, y prestaron verdaderos servicios á la ciencia del derecho eclesiástico.

Comenzó el movimiento en Italia, cuando Leopoldo, gran duque de Toscana, quiso introducir en sus Estados la reforma eclesiástica de su hermano, el emperador José II, siendo secundado en sus proyectos por el obispo de